

## Hernán Díaz Arrieta

La crítica literaria de Chile, durante largos 50 años y a pesar de otros nombres preclaros -Domingo Melfi, Ricardo Latcham, Juan de Luigi y, antes, Emilio Voïsse- giró en torno a Hernán Díaz Arrieta (Alone), que se acaba de morir, nonagenario, después de una vida que parte con Balmaceda y se detiene casi en los finales de este siglo convulsionado, lo que equivale a decir desde Blest Gana a Donoso, desde Pezoa Véliz a Raúl Zurita, pasando por todas las otras figuras intermedias, las mayores y las que se olvidaron. Dueño de una escritura personalísima, creativa, culta, que le debía mucho a Francia, este Alone que no pasó jamás por las universidades -como Edwards Bello- dejó traslucir siempre unas dotes de narrador que le permitían tratar a los escritores como a sus pares. Esa fue, quizás, la clave más exacta de sus aciertos y, tal vez, de las parcialidades que se le achacan. De todas formas, nadie podía permanecer indiferente ante él, se tomaba partida admirándolo

o rechazándolo. Y, en el balance final, tampoco se cuestiona su juicio certero respecto de los que quedaron: la Mistral, Neruda, a quien le facilitó 500 pesos para la primera edición de "Crepusculario" y con quien mantuvo una amistad sincera que resistió las distintas trincheras ideológicas y existenciales. Esa sola hecho sería suficiente para perpetuarlo, a despecho de las omisiones y de la carga subjetiva -inevitable, sobre todo para su generación- de sus comentarios.

Anterior a muchas tendencias de hoy, que diseccionan la obra literaria hasta dejarla reducida a su puro esqueleto, susceptible de una fórmula matemática, Alone no menospreciaba los otros ingredientes, la sangre, la médula, las vísceras, pero, a diferencia de otros críticos de su tiempo, poseía una rara intuición, un conocimiento de los maestros, un don de saber distinguir, que le permitió transformarse en el juez indiscutido de su época. Y, aunque él negaba la trascendencia de sus crónicas -pericibles, según

él, como los diarios-, todos los escritores de este país, algunas sin confesarlo, aguardaron su respaldo. Era -es justa reconocerlo- el trampolín necesario, el aval exigido en las editoriales y de allí que afectaran las escatimaciones de elogios, no se le perdonaron las mordacidades, las ironías, el silencio con que rodeó -y también hay que decirlo- a varios autores dignos de un mejor destino, valorados después a que, fatalmente, prosiguen a la sombra. Ocurrió con Pablo de Rokha, el que encontraba tosco, áspero, si bien Juan de Luigi colocó las cosas en su justa y exacta dimensión.

Esas "humanas fallas", sin embargo, si es que la palabra cabe, no logran atenuar la valía de Alone, el rigor implacable con que acometió su tarea. Y, a la hora de las lecciones necesarias, es lo único que permanece e importa, aunque los alfilerazos duelan. Quienes habitan en el mundo de las letras así deben entenderlo y valorarlo.

Pacián Martínez E.

del Sur, Concepción, 29-J-1984 p. 3. 208323

## Hernán Díaz Arrieta [artículo] Pacián Martínez E.

### Libros y documentos

### AUTORÍA

Martínez E., Pacián

### FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

### FORMATO

Artículo

### DATOS DE PUBLICACIÓN

Hernán Díaz Arrieta [artículo] Pacián Martínez E.

### FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile